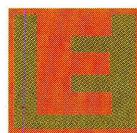


PENSANDO EN LA FORMACIÓN DE LOS DOCENTES DEL TERCER MILENIO



Por: **Hernán Escobedo David**
*Asesor: Psicólogo, Magister en
Investigación Educativa. Asesor del
Ministerio de Educación Nacional*

**EN LOS ÚLTIMOS AÑOS,
LA FORMACIÓN DE DOCENTES Y,
EN ESPECIAL, DE DOCENTES
PARA LA EDUCACIÓN BÁSICA,
ES UN TEMA QUE HA RECIBIDO
MUCHA ATENCIÓN, TANTO DESDE EL
SECTOR PÚBLICO COMO DEL
PRIVADO. ELLO ES EXPLICABLE POR
DOS RAZONES: 1) LA FORMACIÓN
DOCENTE ACTUAL NO RESPONDE A
LAS NECESIDADES QUE IMPONE
EL MUNDO DE HOY; Y
2) LA BUENA CALIDAD DE LA
FORMACIÓN DOCENTE ES UNA
CONDICIÓN NECESARIA
PARA LA BUENA CALIDAD DE
LA EDUCACIÓN EN CUALQUIER PAÍS.
EN ESTE ARTÍCULO EL AUTOR
SUSTENTA LA SEGUNDA AFIRMACIÓN
CON EL CASO DE COLOMBIA,
PARA DAR PASO A UNA REFLEXIÓN
SOBRE LA FORMACIÓN DE
DOCENTES PROYECTÁNDONOS
HACIA EL PRÓXIMO SIGLO.**




El Sistema Nacional de Evaluación de la Calidad de la Educación «SABER» hizo un estudio sobre los resultados en Matemáticas y Lenguaje de tercero y quinto de primaria.

En este estudio, se entiende por calidad la «distancia» que existe entre lo que se desea socialmente de la educación y lo que se ha logrado efectivamente hasta el momento. Si la distancia es pequeña la calidad será buena; si la distancia es grande, como en efecto lo es, la calidad es mala.

Los resultados obtenidos pueden ser descritos en términos generales de la siguiente manera: los estudiantes se desempeñan muy mal cuando se trata de comprender procesos o aplicar conocimientos abstractos a la solución de problemas concretos. El desempeño mejora cuando de lo que se trata es de aplicar reglas sencillas y susceptibles de ser memorizadas. Dos ejemplos: el porcentaje de estudiantes de tercer grado capaces de resolver problemas que requieren la aplicación de sumas y multiplicaciones es realmente muy bajo en promedio (inferior al 5%); el promedio sube casi al 100% cuando la tarea consiste en aplicar algoritmos de suma. El porcentaje de estudiantes de este mismo curso capaces de leer con comprensión crítica es inferior al 40%; el porcentaje de estudiantes capaces de una comprensión literal es cercano al 60%.

En otras palabras, lo que socialmente hoy se considera como meta para la educación en tercero de primaria es: 1) que los estudiantes sean capaces de pensar y no tanto de memorizar (sin que esto último se excluya); 2) que los estudiantes estén preparados para entender y resolver problemas aritméticos yendo más allá de los datos provistos, gracias a un buen pensamiento deductivo; 3) que los estudiantes sepan descodificar los símbolos escritos del Español y que además, sean capaces de interpretarlos y de contar con hipótesis bien sustentadas acerca de lo que el escritor de un texto puede querer decir a través de él; 4) que hayan desarrolla-



do un criterio personal que les permita hacer una crítica de lo que el autor expresa.

Pero, por otro lado lo que hasta el momento se ha logrado, según el estudio de SABER, es que los estudiantes memoricen los algoritmos de suma y, en menor grado, los de multiplicación, y que sepan descodificar en forma acritica los símbolos del Español escrito.

El Sistema Nacional de Evaluación de la Calidad de la Educación hace varias recomendaciones para tratar de reducir esta discrepancia entre lo deseado y lo efectivamente logrado en los estudiantes. Entre ellas está el diseño de programas de capacitación de docentes. En efecto, como lo hemos señalado, el estudio muestra que la calidad académica del docente es uno de los factores que tienen una relación significativa con la calidad de la educación que se logra en los estudiantes. Mejorando entonces la calidad académica del docente es de esperar que mejoremos la calidad de la educación.

La gran importancia de mejorar la formación del docente se ve mucho más claramente si nos situamos en el marco de las exigencias del mundo actual y las del de un futuro próximo.

EL CAMBIANTE JUEGO GLOBAL¹: UN RETO PARA LOS DOCENTES

Los cambios drásticos y acelerados del mundo de hoy, nos han obligado a pensar en el futuro con una dedicación creciente año tras año. Las últimas cinco décadas nos han mostrado cómo los desarrollos tecnológicos han modificado radicalmente el trabajo en todos los países del globo. Es común ver que mu-

chas plazas de trabajo desaparecen y surgen otras nuevas que resultan ser muy diferentes a las anteriores. Según diversos análisis socioeconómicos, el número de personas empleadas en la industria, la agricultura o la construcción, tiende a bajar; pero, por otro lado, el número de aquellas que se emplearán en trabajos relacionados con la preservación ambiental, las telecomunicaciones, la salud y la educación, tiende a aumentar, para tomar sólo un ejemplo.

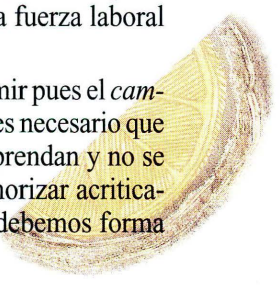
En muchísimas empresas de producción la fuerza de trabajo humana ha sido reemplazada por los robots, los computadores, las máquinas-herramientas automatizadas, y, en general por todos aquellos productos del desarrollo tecnológico que tan sólo medio siglo atrás, todavía no había forma de vislumbrar.

Todo parece indicar que las tareas rutinarias de las fábricas de finales del siglo pasado y de la primera mitad de este, la agricultura artesanal, el trabajo de los oficinistas dedicados a tareas repetitivas y mecánicas, van a ser reemplazadas por ocupaciones que implican organizar, gerenciar, aconsejar, asesorar, investigar, tomar decisiones; todo ello conlleva la necesidad de comprender y resolver problemas, imaginar nuevas alternativas, crear nuevos métodos, nuevas estrategias, saber ubicar y manejar en forma eficaz y eficiente grandes volúmenes de información... Todos estos cambios se encuentran enmarcados dentro de un escenario caracterizado por la apertura de los mercados, la internacionalización de la economía, la globalización de la política y la planetarización de la cultura humana.

En las condiciones de esta nueva estructura mundial, si los nacionales de un país quieren asegurar un buen futuro para ellos y, especial-

mente, para sus hijos, deben darse cuenta de que necesitan poder seguir participando en este "cambiante juego global", en el que los niveles de exigencia son cada día más altos². En otras palabras, deben darse cuenta de que necesitan ser *competitivos*. La competitividad, así entendida, se fundamenta en el conocimiento y en la capacidad de aplicarlo para resolver problemas u ofrecer nuevas soluciones tecnológicas, en la competencia para agregar valor a los bienes y a los servicios, en la capacidad para generar una fuerza laboral de alta calidad.

Si queremos asumir pues el *cambiante juego global*, es necesario que los estudiantes comprendan y no se conformen con memorizar acriticamente. Y, para ello, debemos formar mejores maestros.



PROYECCIONES HACIA EL TERCER MILENIO

La profesión docente es muy mal remunerada y para las instituciones dedicadas a la formación de maestros esto se constituye en el primer gran obstáculo: los buenos bachilleres no piensan en la educación como opción profesional, pues no ven en ella un futuro seguro. Son entonces muy pocos los bachilleres bien preparados y con vocación de educadores que llegan a los programas de formación docente. Es común incluso encontrar que los estudiantes que ingresan a un programa de educa-

(1) Esta expresión, como se señala en la nota siguiente, se utilizó en el informe conjunto de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo.

(2) Ver el informe conjunto de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo titulado Colombia: al Filo de la Oportunidad en el aparte dedicado a Gestión, aprendizaje y competitividad.

ción lo hagan por no tener una opción mejor y aspiren a que, en algún momento, puedan cambiar de carrera o, al graduarse, trabajar en una empresa de servicios, en una industria o en un banco. En general quienes logran realizar alguno de estos dos sueños son los que mejor preparados están entre los que han ingresado. Los que finalmente se gradúan y empiezan a ejercer como docentes no tienen pues el perfil necesario para lograr el ideal, tan anhelado, de que el maestro sea un intelectual.

Las condiciones económicas del profesor, generalmente precarias, no le dan la oportunidad de leer ni de informarse acerca de su práctica profesional, lo que lo aleja aún más de la posibilidad de convertirse en un intelectual. El profesor mismo no se concibe como un intelectual, lo que implica que sea prácticamente imposible el logro de este importante ideal.

Los programas de formación docente son deficientes tanto en los aspectos pedagógicos como disciplinares. En las escuelas normales ni se aprende bien historia, matemáticas o ciencias, ni se aprende bien cómo enseñar. Algo similar sucede en las licenciaturas: el licenciado de química no aprende tanta química como el químico profesional y su preparación en pedagogía es escasa y *teoricista*: aprende en forma parcial, descontextualizada y acrítica diversas teorías sobre pedagogía pero no desarrolla competencias ni conocimientos pedagógicos que lo faculten para desempeñarse como un buen profesor.

Los contenidos de los programas de formación están orientados más hacia el estudio del pensamiento de grandes pedagogos o psicólogos que hacia el desarrollo de modelos de pensamiento y acción pedagógicos

que faculten al profesor para enseñar en forma tal que logre altos niveles de calidad en la formación de sus estudiantes. Para poder formar docentes de altas calidades, se requiere de algo todavía muy lejano: que los programas respondan a las necesidades concretas del salón de clases y partan de los problemas cotidianos que se encuentran diariamente en las diversas actividades educativas. Sólo de esta manera el docente podrá reflexionar sobre sus prácticas educativas para convertirlas en una praxis pedagógica que será siempre sometida a un continuo proceso de perfeccionamiento.

Si logramos que el profesor convierta sus prácticas en una praxis teóricamente bien fundamentada, estaríamos logrando suplir otra gran deficiencia de la formación docente: el profesor no es, y ni siquiera imagina poder ser, un producto de conocimiento. El profesor, tal como hoy es formado, no se siente poseedor de un conocimiento específico de su profesión; el convertirse en productor de conocimiento le permitiría desarrollar ese sentido de pertenencia a la profesión tan necesario para su buen desempeño profesional. Todo lo anterior, contribuye a generar el problema central de la formación del docente: el profesor no tiene identidad. El mismo no concibe en forma clara qué es ser profesor y no se siente orgulloso de ser un profesor.

LOS DOCENTES QUE DEBEMOS FORMAR

Ante estas circunstancias, una de las preguntas obligadas es: ¿Cómo debemos formar a los maestros que educarán a los ciudadanos del tercer milenio? Nuestra atención se centra en tres elementos considerados como fundamentales para la forma-

ción de un educador con identidad profesional, con una autoimagen positiva y capaz de afrontar los retos de una educación orientada a preparar ciudadanos que vivirán en un mundo caracterizado por sus cambios drásticos y muy rápidos. Señalamos otros elementos si bien son también fundamentales, no los desarrollamos por razones de espacio. Estos elementos los hemos resumidos en proposiciones cortas que encabezan cada aparte:

1. El educador debe saber lo que enseña

Lo que se quiere decir es que el criterio sobre el conocimiento de una disciplina se ha vuelto mucho más exigente de lo que era antes. Veamos cuáles son los elementos que definen este criterio.

a) El educador debe conocer la ciencia o el arte que enseña en forma integral

En la forma actual de concebir las ciencias hay un componente de suma importancia: toda ciencia es un sistema teórico y, en cuanto tal, su comprensión exige tener una concepción global, integral de todos sus elementos y de las relaciones que existen entre ellos. Una visión parcializada del sistema implica necesariamente un cierto nivel de incompreensión de la teoría; cuanto más parcial sea la visión, más errónea será. Saber historia de Colombia sin saber historia de América, de Europa y de los demás continentes, es, por decirlo en un lenguaje coloquial, "saber a medias"; así mismo, conocer La Edad Media o El Renacimiento sin conocer los demás períodos de la historia es conocerla a medias.

Con lo anterior no queremos decir que el profesor de historias deba

conocer perfectamente toda la historia o que, desde la otra perspectiva, no se pueda especializar en un tema de la historia. Lo que queremos decir es que es imposible entender la historia de Colombia sin conocer la historia de otras regiones y sin tener una concepción clara de lo que se entiende por historia en forma global, holística. Algo similar podemos decir de las matemáticas y, en general, de cualquier área del conocimiento. No podremos entender qué es el pensamiento matemático conociendo la aritmética sin conocer la geometría, el álgebra o el cálculo. Se trata pues de lograr un buen equilibrio entre una visión panorámica del área de conocimiento y un manejo especializado de uno o varios de sus sectores; de evitar el principio, nunca formulado de manera explícita, de que el profesor de

ciencias en primaria puede desconocer la física y conformarse con algunos conocimientos de química y biología; de señalar con insistencia que quien enseña a sumar, restar, multiplicar y dividir a los niños de los primeros años de escolaridad, tenga una visión amplia de la matemática que le permita situar la aritmética dentro de un contexto significativo y, desde él ser creativo para idear y evaluar diversas estrategias didácticas en busca de una enseñanza de calidad. La enseñanza actual en este terreno no ha producido resultados satisfactorios; muchos estudios muestran cómo los niños aprenden a aplicar los algoritmos utilizados culturalmente para ejecutar estas operaciones, pero no son capaces de resolver problemas que impliquen efectuar estas mismas operaciones, incluso con las mismas ci-

fras. Resultados muy similares se encuentran para las demás áreas, que ameritan también para ellas la misma integralidad y globalidad.

b) El educador debe conocer la historia de su disciplina

La historia de cada disciplina (incluida la historia misma) es importante por dos razones. En primer lugar, la historia nos muestra la forma como los conceptos, las teorías y las realizaciones científicas se fueron construyendo, o, si se trata de una disciplina artística, la forma como los lenguajes y los conceptos estéticos se fueron conformando y evolucionando a través del tiempo. Este conocimiento le da al educador una perspectiva de su área de conocimiento muy sana: ella lo protegerá de la tentación que todo ser humano tiene de pensar que posee toda la verdad y que su verdad es eterna. La perspectiva histórica permite tener claridad acerca del carácter inacabado de todo conocimiento humano y de la consecuente necesidad de perfeccionarlo continuamente. Sin ella, el educador asume con facilidad una actitud dogmática e intransigente que es altamente nociva para sus estudiantes.

La segunda razón es que los conceptos y las teorías que en el pasado fueron consideradas como verdaderas y que hoy en día se consideran falsas, equivocadas o anacrónicas, coinciden a menudo con las concepciones ingenuas que el estudiante tiene en el momento en el que su profesor le trata de enseñar «la verdad». Los experimentos que a lo largo de la historia se han utilizado para poner a prueba las teorías, o los utensilios con los cuales se elaboraban las obras de arte o los instrumentos musicales utilizados en las diferentes épocas, para tomar algunos ejem-



Hoy en día la concepción del estudiante es bien diferente: él es un constructor de conocimientos.



plos, son muy ilustrativos del carácter evolutivo de la cultura humana y de sus productos. Estas ilustraciones nos proveen muy buenas ideas para planear actividades de laboratorio, para organizar debates y muchas otras estrategias didácticas. Volveremos sobre este punto cuando tratemos el tema del diálogo socrático.

c) El educador debe saber fundamentar epistemológicamente su disciplina

El estatuto epistemológico de cada una de las diversas áreas del conocimiento es diferente del de las demás áreas. No es lo mismo explicar en física que explicar en historia; la verdad matemática es muy diferente a la verdad religiosa y éstas, a su vez, son diferentes de la verdad física.

Si el profesor ya ha abandonado una posición dogmática, como todos tendrán que haberlo hecho en un futuro muy cercano, necesitará instrumentos intelectuales fuertes para afrontar con éxito las preguntas de sus estudiantes. En ellos son comunes preguntas tales como «¿cómo podemos saber que los átomos existen si no se ven?» «¿cómo se puede decir que los hombres del paleolítico eran nómadas si nadie los vio?» Estas preguntas no son fáciles de resolver si no se cuenta con una sólida fundamentación epistemológica. Sin ella, el educador, no solamente no le podrá responder a sus alumnos, sino que, más grave aún, no se las ha podido responder a él mismo. El maestro, sin duda alguna, también se las ha planteado porque estas preguntas son connaturales del ser humano.

Un educador sin claridad sobre su área, como es apenas natural pensar, no puede enseñar con claridad.

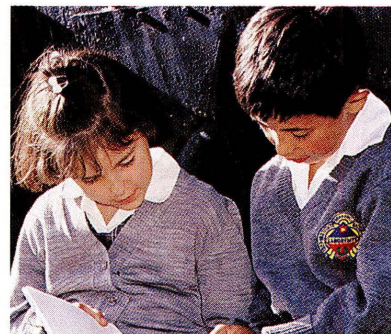
d) El educador debe poder relacionar su disciplina con las demás

Todo lo que hemos señalado puede parecer un ideal muy alejado de la realidad. Pero a nuestra manera de ver la situación es todavía más compleja. No es posible tener una idea clara de la historia sin entender los aspectos fundamentales de la economía, la geografía, la arqueología y la antropología. Podría parecer ser exagerado aumentar a esta lista la sociología, la psicología y la física. Pero señalemos estos ejemplos: es más fácil tener una empatía histórica con los hombres del paleolítico si se conocen algunos estudios de psicología comparada de los primates que, sin duda, nos pueden dar claves importantes para reconstruir su comportamiento y entenderlo; por otro lado, es también más fácil tener esta empatía si se conocen los principios físicos que se encuentran en la base de los instrumentos que ellos fabrican.

En forma muy similar, no es posible tener una idea clara de la física si no se conocen las matemáticas, la química y la filosofía; podría parecer demasiado exagerado si una vez más aumentamos a la lista la psicología, pero tal vez el siguiente problema nos haga ver esta adición menos descabellada: son innumerables las ocasiones en las que se confunden las sensaciones y percepciones psicológicas con las leyes físicas; un ejemplo claro es la confusión entre sensación que tenemos de calor o de frío y el concepto de temperatura; otra frecuente es la confusión entre las percepciones que denominamos «colores» y el concepto de onda electromagnética.

Tenemos pues que cuando decimos que el educador debe saber lo que enseña nos estamos refiriendo,

ES IMPOSIBLE ENTENDER LA HISTORIA DE COLOMBIA SIN CONOCER LA HISTORIA DE OTRAS REGIONES Y SIN TENER UNA CONCEPCIÓN CLARA DE LO QUE SE ENTIENDE POR HISTORIA EN FORMA GLOBAL, HOLÍSTICA.



en parte, a su capacidad de tener un conocimiento amplio a la vez que profundo de lo que enseña. En las circunstancias actuales no podemos conformarnos con un conocimiento puntual así éste sea minucioso (como por ejemplo, saber en forma detallada los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra de independencia o enumerar los elementos de la tabla periódica con sus respectivos números atómicos). Nuestro mundo actual nos exige un conocimiento intensivo y universal.

Un argumento muy socorrido con respecto a este tema es que formar a un educador con este perfil es imposible. Es realmente muy difícil aceptar este argumento cuando no existe todavía un intento serio en este sentido y se piensa en la imposibilidad de una empresa de esta naturaleza desde los esquemas actuales que sirven de modelo para todos los programas de formación de educadores. Una concepción totalmente nueva,

que evite las asignaturas y cátedras desvinculadas y descontextuadas, que evite repetir temas vistos en los últimos años de bachillerato y evite los grandes número de cátedras por semestre, seguramente nos da esperanzas de poder lograr una formación integral y profunda para los educadores.

2. El educador debe saber a quién le enseña

Algunas viejas concepciones pedagógicas han sido puestas en cuestión con muy buenos argumentos a la vez que otras, en ocasiones más antiguas, han sido retomadas y reinterpretadas. Un ejemplo de estas últimas es el diálogo socrático al cual nos referiremos. Entre las que han sido puestas en cuestión está la que ha sido llamada la «educación bancaria». Según esta concepción el estudiante es un receptor de conocimientos; la misión del profesor es entonces la de consignar en él la mayor cantidad posible de conocimientos (se da por supuesto que éstos son verdades eternas); a la hora de la evaluación el maestro «pedirá cuentas»: determinará qué tanto de lo que consignó aún se mantiene en el estudiante.

Hoy en día la concepción del estudiante es bien diferente: como todo ser humano el estudiante es un constructor de conocimientos. Desde esta perspectiva, el educador no puede tener la función de consignar verdades en la cabeza del estudiante; adopta la función de ser un elemento importantísimo de un equipo de personas que discuten, imaginan, critican, observan, razonan con la pretensión de construir verdades cada vez más universales. Entendido de esta forma, el educador adquiere el compromiso con sus estu-

diantes de participar en un diálogo en el que todos entablen con credibilidad las cuatro pretensiones de validez señaladas por Habermas: la verdad (quien habla debe estar convencido de que lo que dice es verdadero); la rectitud o adecuación (quien habla debe someterse a las normas que rigen la relación interpersonal que se establece entre los dialogantes); la veracidad (las intenciones del hablante deben ser las que declara en la presentación que él hace de sí mismo ante los demás); y la inteligibilidad de la cual nos encargaremos a continuación:

a) El educador debe conocer el estado evolutivo del pensamiento de sus estudiantes

El primer elemento que el educador debe tener en cuenta, si quiere que sus afirmaciones sean inteligibles para sus estudiantes, es conocer la forma de pensar de su estudiante. La literatura científica que fundamenta la afirmación de que el niño no piensa como el adulto y que su pensamiento va siendo, a medida de que crece, cada vez más complejo, es abundante y suficientemente divulgada.



Como es natural, la evolución del pensamiento es un subproceso del proceso de evolución psicobiológica del estudiante y dentro de ese contexto hay que entenderla. En consecuencia un buen educador conoce ese contexto y actúa en consonancia con él. No descuidará entonces otros procesos evolutivos: los afectivos, los valorativos, los estéticos, los actitudinales.

**UNA CONCEPCIÓN TOTALMENTE NUEVA,
QUE EVITE LAS ASIGNATURAS Y CÁTEDRAS DESVINCULADAS
Y DESCONTEXTUADAS, QUE EVITE REPETIR TEMAS VISTOS EN LOS
ÚLTIMOS AÑOS DE BACHILLERATO Y EVITE EL GRAN NÚMERO
DE CÁTEDRAS POR SEMESTRE, SEGURAMENTE NOS DA
ESPERANZAS DE PODER LOGRAR UNA FORMACIÓN INTEGRAL
Y PROFUNDA PARA LOS EDUCADORES.**

LOS ESTUDIANTES SE DESEMPEÑAN MUY MAL CUANDO SE TRATA DE COMPRENDER PROCESOS O APLICAR CONOCIMIENTOS ABSTRACTOS A LA SOLUCIÓN DE PROBLEMAS CONCRETOS.

b) El educador debe conocer las teorías de sus estudiantes

Existe también abundante información acerca de las teorías, previas a cualquier enseñanza, que los alumnos tienen sobre los tópicos que deben aprender en clase. Todo estudiante antes de asistir a la primera clase de física tiene su propia teoría física acerca del mundo que lo rodea. Pero lo que es todavía más interesante, sin haber leído a Aristóteles, piensa como él sobre algunos fenómenos. Piensa, por ejemplo, que los cuerpos pesados «caen» con mayor aceleración que los livianos.

Si el educador quiere que sus afirmaciones sean inteligibles para sus estudiantes debe conocer y entender sus teorías que, muy a menudo, producen grandes interferencias en la comunicación profesor-estudiante: para retomar el ejemplo anterior, el estudiante no puede entender que la aceleración debida a la gravedad sea aproximadamente la misma en cualquier punto cercano a la superficie terrestre y para cualquier cuerpo, porque él está convencido de que para los cuerpos pesados, ésta es mayor.

Sin este conocimiento de su estudiante, el profesor no podrá establecer un diálogo con él y, en estas circunstancias es muy difícil lograr una verdadera relación pedagógica.

3. El educador debe saber como enseña

Con esta tercera sentencia queremos señalar el hecho de que saber enseñar tiene también un sentido nuevo. Hasta el momento, en los diversos programas para formación de maestros, ha primado la idea de que se puede enseñar a enseñar sin preocuparse de qué es lo que se va a enseñar. Hoy no es posible sustentar esta afirmación. La enseñanza de las matemáticas, la enseñanza de la física, la enseñanza de religión y la enseñanza de la historia, para tomar cuatro ejemplos bien diferentes, pueden tener muchas cosas en común, pero sin duda, son más las que no comparten.

A la especificidad de cada disciplina es a lo que apunta nuestra corta afirmación: saber enseñar es ante todo enseñar respetando las peculiaridades de cada disciplina.

a) El educador debe conocer las implicaciones didácticas de la naturaleza epistemológica de su disciplina

Como lo señalamos ya, la causalidad física no es lo mismo que la causalidad histórica; la verdad religiosa no es lo mismo que la verdad literaria. El estudiante debe poder hacer estas distinciones. Y, si el profesor no distingue claramente entre estas diversas formas de conocer, decíamos, es muy difícil que el estudiante pueda hacerlo. La claridad que el educador tiene sobre estos aspectos, necesariamente ha de dejarse ver en las estrategias didácticas que utilice. Es a través de ellas que el estudiante tiene la oportunidad de hacer las distinciones y las síntesis necesarias a una clara comprensión.

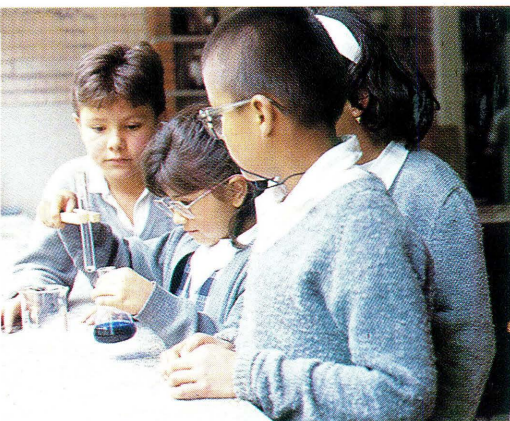
Para ilustrar las diferencias que pueden existir entre las diversas áreas del conocimiento, comparemos nuevamente la historia con la física. Para la física es indispensable saber hacer buen uso del laboratorio; saber extraer beneficios de todo tipo de material, así sea muy sencillo, es algo muy importante. En historia carece de sentido pensar en un equivalente del laboratorio. Un buen historiador, por el otro lado, debe tener empatía histórica; en otras palabras, debe desarrollar la capacidad de situarse en el punto de vista de los actores históricos, y desde ella ser capaz de reconstruir el contexto cultural en el que vivieron. Sólo de esta forma el historiador puede entender los acontecimientos históricos. En la física, a su vez, no existe



un equivalente de la empatía histórica. En ambas disciplinas es necesario argumentar, formular hipótesis; pero la forma como se validan o invalidan los argumentos y la forma como se verifican las hipótesis es diferente. En física el experimento es el instrumento fundamental, en tanto que en la historia lo son el acopio y la interpretación de los datos históricos.

Es claro entonces que las competencias que debe desarrollar un profesor de física son bien diferentes de las que debe desarrollar un profesor de historia. No se puede entonces seguir hablando de la didáctica en general, sin ligar el problema de la didáctica con la epistemología del área del conocimiento del cual se trata y con la psicología del estudiante a quien le queremos enseñar.

SE TRATA DE LOGRAR UN BUEN EQUILIBRIO ENTRE UNA VISIÓN PANORÁMICA DEL ÁREA DE CONOCIMIENTO Y UN MANEJO ESPECIALIZADO DE UNO O VARIOS DE SUS SECTORES.



b) El educador debe saber conjugar todos los elementos anteriores en un diálogo socrático que active el proceso de desarrollo

El encontrarse en un estado de desequilibrio cognitivo activa los procesos psicológicos por medio de los cuales todo ser humano construye sistemas de conocimiento cada vez más elaborados. Una forma de crear esas situaciones de desequilibrio tan fecundas, puede entenderse como una reinterpretación actual del diálogo socrático. Se trata de lograr identificar *anti-tesis* inteligibles y, siendo reiterativos, desequilibradoras, para las *tesis* de los estudiantes que conduzcan, gracias a ese *diálogo*, a una *sin-tesis*. Los resultados de esta síntesis, son, en el lenguaje de Piaget, un estado *mejorante* con respecto al que antecedió al desequilibrio. Mejorante en el sentido de que los problemas que no eran resolubles ahora si lo son y de que lo que es comprensible desde la nueva síntesis es más extenso que lo que antes era comprensible. Por otro lado, desde esta nueva perspectiva, se pueden entender nuevos problemas: se llegará a nuevos estados de desequilibrio, que proyectarán al estudiante a nuevos estados mejorantes que, valgan las redundancias, mejorarán las mejoras hasta ahora logradas.

En este diálogo socrático, es necesario entender en forma rápida las confusiones del estudiante, sus conceptos mal definidos, lo que él cree que es una ley sin serlo. Para ello es de extraordinaria utilidad un buen conocimiento de la historia de la disciplina que se enseña: estas confusiones, estas «falsas leyes» tienen una gran probabilidad de encontrar versiones muy similares en los debates de la comunidad científica que

a lo largo de la historia han ido forjando los desarrollos que tienen como resultado el estado actual de la disciplina. Para esta comprensión es también necesaria la claridad epistemológica; ella nos permitirá saber cuándo el estudiante confunde una descripción con una explicación, o cuándo define en forma ambigua o circular, o cuándo comete alguno de los muchos errores de tipo lógico o de tipo semántico. El conocimiento de la argumentación en la disciplina, típica de los estudiantes según su edad, es otro factor de gran importancia para poder estar bien preparado para ese diálogo que tiene como fin el desarrollo cognitivo del estudiante: el estudiante que argumenta lo hará sin duda desde uno de los «sistemas teóricos» en el que se apoyan otros estudiante de edad, y de otros factores relevantes, similares.

Después de entender la argumentación del alumno, el profesor debe encontrar el contraargumento idóneo para poner en crisis el sistema teórico en el que él se apoya con el fin de ponerlo frente a la evidencia de que debe re-evaluar su teoría. En palabras de Piaget, se trata de situar al estudiante en un momento de desequilibrio cognitivo con el fin de propiciar un proceso de re-equilibración mejorante. Una vez más, el buen conocimiento de la historia, de la epistemología y, como es obvio, de la disciplina misma, es un recurso de suma importancia.

Para expresarlo en pocas palabras, es en el momento del diálogo socrático que el profesor debe poder articular todos sus conocimientos y habilidades para ofrecer las condiciones óptimas para que el estudiante construya un sistema de conocimientos sólidos.

4. El educador debe saber para qué enseña

El educador debe tener respuestas claras a las preguntas sobre el sentido de su actividad docente proyectado sobre dos dimensiones diferentes: la dimensión personal y la social. En otras palabras, por una parte, debe poder darle significado a su profesión de educador, como parte de un proyecto propio de vida; por otro lado, debe tener clara cuál es la función de su trabajo dentro de su propio contexto social.

5. El educador debe saber producir conocimiento pedagógico

Señalemos cómo los diversos saberes que hemos mostrado como necesarios para desempeñar idóneamente el rol de educador, serían complementados en forma ideal por una competencia tan importante como es la de producir conocimiento pedagógico. Es la forma por excelencia de hacer propio el saber.

6. El educador debe saber por qué enseña: debe tener vocación

Es común encontrar que los profesores son profesores porque no tuvieron una mejor opción, tal como lo hemos señalado. Esto sin duda es de los factores más nocivos para el proceso de formación de nuestros estudiantes. En su proceso de formación el profesor debe formar o incrementar una clara orientación hacia la profesión de enseñar: debe amar y sentirse orgulloso de su profesión y debe sentir la permanente necesidad de mejorar en su desempeño profesional por el bien de sus alumnos a quienes debe

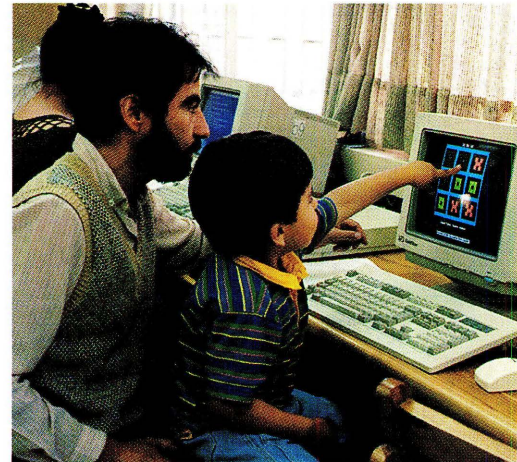
concebir como la razón última de su profesión, de su rol en su sociedad.

7. El maestro debe estar siempre actualizado en lo que sucede en la pedagogía

En la pedagogía, al igual que en cualquier otra disciplina del conocimiento humano, los desarrollos y los cambios son hoy en día rápidos y radicales. Profesor que no tenga una voluntad permanente para mantenerse actualizado en la disciplina que enseña y en lo que sucede en la pedagogía o no tenga las competencias necesarias para acceder a la información pertinente, no podrá mejorar su praxis y, en consecuencia, no podrá incrementar la calidad de sus resultados.

8. El maestro debe ser competente en el manejo de los diversos medios modernos de comunicación

En la vida cotidiana actual han adquirido una importancia fundamental los medios modernos de comunicación (computadores y multimedia computarizados, redes electrónicas de información, suscripción a revistas). Quien no tiene las capacidades intelectuales y las destrezas para acceder a estos medios quedará excluido, como relegado, de su propio grupo social. En el caso del profesor, no solamente quedará como relegado, sino que se verá rápidamente superado por sus propios alumnos en el manejo de la información pertinente lo cual rápidamente lo descalificará como interlocutor competente en cualquier proceso de desarrollo del conocimiento.&



SABER HISTORIA DE COLOMBIA SIN SABER HISTORIA DE AMÉRICA, DE EUROPA Y DE LOS DEMÁS CONTINENTES, ES, POR DECIRLO EN UN LENGUAJE COLOQUIAL, “SABER A MEDIAS”; ASÍ MISMO, CONOCER LA EDAD MEDIA O EL RENACIMIENTO SIN CONOCER LOS DEMÁS PERÍODOS DE LA HISTORIA ES CONOCERLA A MEDIAS.
